

grimas que vertieron daban testimonio de la fé que abrigaban en su corazon.

Prueba incontestable de la verdad que acabamos de decir es esta justa accion de gracias ¿Cuál era nuestro estado hace pocos dias? Nos hallábamos envueltos en los velos de la afliccion: el ángel de la muerte parecia cernir sus negras alas sobre nosotros: una terrible calamidad (1)..... La fé nos condujo al lugar santo: la confianza nos hizo postrarnos ante esta santa Imágen objeto en todo tiempo de nuestro amor y por la que tantos beneficios recibieron nuestros mayores y hemos nosotros recibido. Nuestros clamores llegaron al cielo en olor de suavidad y hemos sido abundantemente socorridos. Bendigamos á nuestro buen Dios, que nos ha envuelto en los hermosos velos de su misericordia: *Benedic anima mea Domino et noli oblivisci omnes retributiones ejus, qui sanat omnes infirmitates tuas, qui redimit de interitu vitam tuam: qui coronat te in misericordia et miserationibus.*

Sirva de mofa nuestra fé al impío, y tenga el atrevimiento de negar el prodigio efectuado por Dios á nuestro favor, atribuyendo á causas naturales asi la aparicion del mal como el haberse disipado. Nos gloriaremos siempre de confesar que á Jesucristo debemos el haber experimentado el consuelo, porque sabemos y asi está consignado en las páginas de la Escritura Santa y nos lo persuade la razon que de Dios provienen los bienes y los males, la salud y la enfermedad, la riqueza y la pobreza, la muerte y la

(1) Aquí podrá el orador hacer referen-ia á la calamidad que hubiese afligido al pueblo, refiriendo los males que se experimentaron ó que se vieron espuestos á experimentar.

vida. ¿No puede Dios disponer á su voluntad de los elementos para que sean instrumentos de su bondad ó de su justicia? ¿No es árbitro, cuando no tiene semejante en el poder de mandar á las nubes que fertilicen nuestros campos con saludable rocío ó que nos nieguen su lluvia? ¿No puede mandar un aire contagioso que diezme nuestras familias, y mandar que se retire de nosotros y cese en sus estragos cuando es su voluntad? ¿No es árbitro de colocar sobre los hombros de un pastor la régia púrpura de Israel, como hizo con David, ó de hacer perder el trono y la vida instantáneamente á un monarca sacrílego como hiciera con el impío Baltasar? La diestra del Eterno ha efectuado con nosotros un prodigio admirable. Pues bien; cantemos entusiasmados con el coronado Profeta: «Alabado sea el Señor, porque es buena y porque es eterna su misericordia. Alabado sea el que se acordó de nosotros en nuestro abatimiento, porque nos ha dispensado su eterna misericordia.»

Ahora bien, M. A. O., para conocer de una vez el gran beneficio que acabamos de experimentar, consideremos repasando nuestras costumbres y pasada vida, si hemos sido dignos de tan señalado favor. Cuando la Iglesia nos abrió sus puertas y nos admitió en el número de sus hijos, ofrecimos formal y solemnemente renunciar á Satanás, sus obras y sus pompas. ¿Hemos cumplido nuestras promesas? ¡Ah! Que apenas la luz de la razon vino á disipar en nosotros los velos de la ignorancia en que nacemos envueltos, cuando empezamos á dirigirnos por el camino de la maldad: tan pronto como empezamos á conocer á Dios, nos dimos prisa á ofenderle por el pecado. ¡Cuán pronto manchamos la blanca estola de nuestra inocencia! Mil

veces nos hemos lavado en la saludable piscina de la penitencia, y otras tantas nos hemos dejado arrastrar de nuestras pasiones. Soberbios y altaneros, hemos despreciado á semejantes nuestros, tal vez porque no ocupaban una posición tan entajosa como la nuestra: envueltos en los velos de la sensualidad, hemos vivido aprisionados á nuestra carne rebelde, ambiciosos y no pensando mas que en las cosas terrenas, hemos procurado atesorar sin reparar en los medios por mas que fueran criminales. ¿Ha resplandecido en nosotros la humildad, la conformidad con la voluntad divina, la paciencia en los trabajos, la caridad para con nuestros hermanos? ¿Hemos sido por nuestro modo de obrar, verdaderos discípulos de Jesucristo? Sin embargo, hemos experimentado en nuestro favor la misericordia del Señor, de la cual, como dice el Real Profeta, e tá llena la tierra. ¿Qué nos resta? No otra cosa sino que mostremos nuestra gratitud al Señor, viviendo en adelante en el exacto cumplimiento de su divina ley. Os suplico sigais prestándome vuestra cristiana atención.

SEGUNDA PARTE.

Tan fea es, M. A. O., la ingratitud que hasta los mismos filósofos paganos la pintaron con los más negros colores. Séneca se espresa de este modo: «Ingrato es el que se desentiende del beneficio recibido; mas ingrato el que le olvida y mónstruo de ingratitud el que pudiendo no lo paga.» Nada es mas comun en los hombres que olvidar en el día de la prosperidad, los beneficios que recibieron en el tiempo de la tribulación. ¿Y será tal nuestra conducta para

con el Dios de las misericordias que tan pródigamente nos ha socorrido en estos días? ¿Seremos semejantes á los israelitas, propensos siempre á entregarse á la idolatría, volviendo de este modo las espaldas á su Dios, despues de obtener sus favores? No permita el cielo que tal sea nuestra conducta. En vuestros corazones, mis amadísimos hermanos, debe quedar grabada durante vuestra vida la memoria del beneficio que acabais de obtener. En este lugar santo os reunisteis para impetrar los divinos auxilios: aquí elevasteis al cielo vuestras súplicas y craciones y fuisteis escuchados: pues bien, cuando paseis con vuestros hijos por delante de esta casa del Señor, decidles lo que en ella habeis recibido; hubo un día, podeis decirles, en el que nos hallabamos envueltos en una terrible calamidad que el Señor nos envió para castigo de nuestros pecados: pero acudimos todos á este templo, rogamos con fé y fuimos socorridos. De este modo al par que mostrareis vuestra gratitud, enseñareis á vuestros hijos en el santo temor de Dios. Cuando el Señor envió las nueve plagas al Egipto ordenó á Moisés que lo hiciese saber á su hijo y á sus nietos, refiriéndoles los grandes castigos que habia mandado á los egipcios para que escarmentasen en su ejemplo (1). Y cuando el mismo Moisés hizo comparecer ante sí á los ancianos para hacerles saber las órdenes de Dios con respecto á las ceremonias que habian de practicar al comer el Cordero pascual, les advierte que al ser preguntados por sus hijos sobre aquellos ritos, se

(1) Et narres in auribus filii tui, et nepotum tuorum, quoties contriverint Ægyptios: et signa mea fecerim in eis: et scialis quia ego Dominus. Exod. cap. X, v. 2.

los explique para su instruccion y que aprendieran lo que habian de observar en adelante (1). Acordaos, dijo el caudillo á su pueblo, de este dia en que salisteis de Egipto y de la casa de la esclavitud, y cuando el Señor te hubiese introducido en la tierra del Chananéo, y del Hethéo y del Amorréo y del Hevéo y del Jebuséo, que juró á tus padres, celebrarás la solemnidad del Señor y en aquel dia contarás á tus hijos y dirás lo que hizo el Señor contigo cuando salistes del Egipto, y cuando tu hijo te preguntare, ¿qué es esto? le responderás: con mano fuerte nos sacó el Señor de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud (2).

Ved aqui, cristianos, cual debe ser la regla de vuestra conducta. Si pasados algunos dias, olvidais el presente beneficio, si no lo referís á vuestros hijos para que se acostumbren á temer los castigos del Señor y aprendan á implorar su misericordia, os hareis acreedores á experimentar el castigo de vuestra ingratitude.

La impiedad se burlará de vosotros si obráis con rectitud: el escepticismo se reirá de vuestra piedad: ¿pero qué puede importarnos las burlas del mundo? ¿Acaso respetos humanos os servirán de rémora para ofrecer á Jesucristo homenajes de amor y de gratitud? Ese mundo que con tanto respeto miran muchos cristianos ¿podrá darnos la felicidad eterna? Envuelva en sus funestas redes á aquellos que han perdido la fé y se han entregado á su propio consejo: vosotros conservais ese depósito sagrado y sabeis que Jesucristo

(1) Et cum dixerim filii vestri: quæ est ista religio? Dicitis eis: Victimam transitus Domini est. Exod. cap. XII, v. 26 y 27.

(2) Ibid. cap. XIII, v. 14.

no confesará delante de su Padre al que á El no le confiese delante de los hombres (1). ¿De quién habeis recibido siempre el alivio de vuestros males? ¿A quién habeis recurrido en todas vuestras aflicciones? ¿Quién ha enjugado vuestras lágrimas? Niños erais y ya vuestros piadosos padres os conducian á este santo templo y os hacian postrar ante esa imágen de Jesucristo á la que dirigiais las puras oraciones de la infancia: mas tarde veníais solos á desahogar los sentimientos de vuestros corazones, de tal modo, que podemos decir que vuestra devocion á la imágen del Santísimo Cristo de N... es como innata en vosotros. ¿Pero que es necesario para que el Señor continúe dispensándonos sus beneficios, sin esponernos á nuevos peligros? Oid al mismo Dios por boca de Moisés: si guardais mis preceptos os daré lluvia en tiempo oportuno, los árboles se llenarán de fruto, la trilla de las mieses alcanzará á la vendimia, y la vendimia estorbará á la sementera: comereis el pan en abundancia y habitareis sin temor en vuestra tierra: daré paz en vuestro territorio: dormireis sin inquietud ni sobresalto: destruiré las bestias nocivas: perseguireis á vuestros enemigos, cinco de vosotros á cien de ellos y ciento de vosotros á diez mil: os miraré con benignidad y os multiplicaré: firmando mi pacto con vosotros seré vuestro Dios y vosotros sereis mi pueblo. Yo, el Señor Dios vuestro que os saqué de la tierra de Egipto y quebré las cadenas de vuestra esclavitud.

Ved aquí, hermanos míos, las mismas promesas que me parece escuchar de labios de esa sagrada Imágen: En mí habeis siempre encontrado el con-

(1) Qui negaverit me coram hominibus, negabo et eum coram Patre meo qui in caelis est. Math. cap. X, v. 33.

suelo, y vuestros padres y vosotros habeis experimentado mi proteccion y los efectos de mi misericordia. Si en adelante me servís con fidelidad, si os purificais de vuestros pecados, si sois agradecidos al gran beneficio que os acabo de dispensar y vivís en la observancia de mis santos preceptos, multiplicaré á favor vuestro mis favores, apartaré de vosotros todos los males, destruiré á vuestros enemigos y os colmaré de bendiciones. ¡Oh cuánta misericordia!

¿Y no seria, M. A. O., el colmo de la ingratitud el no dar oídos á estas voces amorosas? ¿No mereceriamos ser envueltos en nuevas calamidades y aun arrebatados del mundo por una muerte desastrosa, si olvidados del beneficio extraordinario que acabamos de recibir, volviéramos las espaldas al que tan amorosamente nos lo acaba de dispensar? Y entonces ¿cómo nos atreveriamos de nuevo á pedir socorro en otras aflicciones? ¿Cómo acudiriamos á Jesucristo que justamente indignado por nuestra ingratitud no estaria dispuesto á remediarnos? Pero no: yo espero de vosotros una conducta verdaderamente cristiana. Habeis visto demostrada la gran misericordia del Señor para con la humanidad, y la muy especial que con nosotros ha usado en estos dias, como asimismo la necesidad en que estamos de corresponder con verdadera gratitud á tales favores, observando exactamente la divina ley y practicando una vida verdaderamente cristiana. Si así lo hacemos recibiremos cada dia nuevas bendiciones. Bendigamos, pues, con el mayor gozo de nuestros corazones al Dios tres veces santo, sin olvidar jamás sus beneficios, porque se ha apiadado de nosotros, sanándonos de nuestras enfermedades, redimiéndonos de

la muerte á la vida y coronándonos de misericordia y de piedad: *Benedic anima mea Domino et noli oblivisci omnes retributiones ejus, qui sanat omnes infirmitates tuas, qui redimit de interitu vitam tuam: qui coronat te in misericordia et miserationibus.*

Y Vos, dulcísimo Redentor de nuestras almas, Padre amoroso y misericordiosísimo, no perdais de vista á vuestro pueblo: tened siempre presente nuestras necesidades espirituales y temporales: derramad sobre todos nosotros vuestras bendiciones, á fin de que cumplamos con exactitud nuestros respectivos deberes, y que marchemos por las sendas que guían á la felicidad eterna: concedednos la divina gracia que nos haga abandonar de una vez, y para siempre, los tortuosos caminos de la iniquidad; y dirigirnos por los rectos de vuestros santos Mandamientos. Que experimentemos, Señor, con vuestros divinos auxilios, un verdadero dolor y arrepentimiento de nuestros pecados, que nos haga dignos del perdon, y que siendo todos felices en el tiempo, lo seamos mucho mas en las mansiones de la eternidad. Esta felicidad, y dicha tan inestimable os deseo á todos, mis amadísimos hermanos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. *Amen.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.